

CRONICAS DE LA EPOCA

Cuando a don Eliodoro le quitaron "La Nación"

HERNAN MILLAS

Hacia 16 años que nadie se formulaba la pregunta: "¿Y qué va a pasar con *La Nación*?"

Su triste sino —en 63 de sus 73 años de existencia— ha sido estar al servicio de todos los gobiernos.

Pocos recuerdan que *La Nación* fue la creación de Eliodoro Yáñez (Eliodoro y no Eleodoro, insistía). Pero los chilenos, pueblo de mala memoria, se preguntarán "¿Quién fue ese caballero? Hay una calle en Providencia con su nombre". Se trata de la que antes se llamó Las Lilas: una pena que tuviera que sacrificarse su nombre para rendirle homenaje.

Don Eliodoro fue uno de los estadistas y políticos más brillantes. Todo en la vida se lo debió a su talento. Su padre murió cuando era niño y creció en la pobreza. Tampoco la naturaleza le fue pródiga. Su enorme cabeza sobre su cuerpo enclenque motivaba las mofas de sus compañeros del Instituto Nacional. Fue el primero de la clase, y luego, el más destacado alumno en la Escuela de Leyes de la Universidad de Chile.

A los 23 años era abogado. Uno de sus profesores, José Gabriel Palma, que sería ministro de la Corte Suprema, se lo llevó a su estudio. Pronto adquirió renombre.

—Es un abogado nato —afirmaba Palma—, porque domina el Derecho, la Lógica, la Psicología, y así se adentra en el trasfondo de las pasiones humanas.

Pronto tuvo su propio estudio, al que llegó a trabajar Arturo Alessandri Palma.

—No había punto difícil de Derecho ni causa de importancia que no llegase en consulta a su escritorio, para obtener su ilustrada opinión o su patrocinio—, recordaba el León.

Ironía cruel

Pero no había que engañarse con su carácter tranquilo y reservado. Así como un editorial suyo en *La Nación* después derribaría un ministerio, sus "salidas" en el foro y el Parlamento fueron famosas.

Liberal "de los de Lastarria" —recalcaba su hija María Flora Yáñez, Mari Yan para la literatura— fue canciller, diputado, senador.

En el calor de un debate, el senador conservador Joaquín Walker Martínez lo llamó "siútico". En mala hora: con una sonrisa, Yáñez se limitó a replicarle: "¿Si lo oyera su suegro!". Todos los que estaban en el secreto no pudieron contener la risa. El suegro, Patricio Larraín Gandarillas, se opuso a darle la mano de su hija, diciendo: "Todo lo buenmozo y genial que se quiera, pero nuevo en Santiago". Y ese Martín Rivas debió esperar y hacer mérito.

Para el año 20, le cayó un



juicio bastante cuantioso: "Sucesión Abello con la Junta de Beneficencia de Concepción". El abogado de la parte contraria era Arturo Alessandri Rodríguez, hijo del Presidente de la República. La Corte falló en favor de éste, y don Eliodoro quedó con la bala pasada: ¿los magistrados querían halagar al hijo del Primer Mandatario, como oportunidad para llegar a la Suprema?

Yáñez ingenió como decirse a los ministros de la Suprema, cuando alegara la apelación. Debía guardar las reglas de la caballerosidad, y además no herir al Presidente, que era su amigo y que se formó en su estudio. Recurrió al latín que dominaba y habló de una sentencia "*ad usum Delphini*": en favor del Delfín, el hijo del Rey de Francia. Y ganó el litigio.

Pero vamos a *La Nación*.

El 14 de enero de 1917 apareció en una vieja casona de la calle Agustinas. No fue otro diario, sino "el diario". Distinto a todos, con garra, con amenidad. "Prohibidas las frases hechas, la rutina" eran sus edictos. Tenía la habilidad de descubrir talentos y formar hombres. Uno de ellos fue Joaquín Edwards Bello. "En *La Nación*", contaba el gran cronista, "se rodeó exclusivamente de antisantiaguinos. Unos, porteños, otros nortinos, algunos sureños". En esos años los provincianos formaban un mundo aparte para el capitalino.

"Uno de los mitos más desastrosos del santiaguinismo es el mito del 'hombre reposado'. El 'reposo' es la negación de todo progreso y actividad. En idioma rumano, *repositu*, quiere decir, muerto", prorrumpe Edwards Bello.

El equipo de *La Nación* no

podía ser mejor: Carlos Dávila, el director; Conrado Ríos Gallardo, Raúl Simon (ingeniero, y el fino humorista César Cascavel) Inés Barros Jarpa, Hugo Silva Endeiza, Emilio Rodríguez Mendoza y Enrique Tagle Moreno (Victor Noir). Hace unos 30 años, en una rueda de grandes del periodismo, les pregunté a quién consideraban el mejor de todo el diarismo chileno y la respuesta unánime fue Tagle Moreno. En diez minutos se hacía un editorial.

Con ese equipo, que superaba al más destacado gabinete, partió *La Nación*. Fue un diario de avanzada para la época, y todas las reformas sociales del 25 se anidaron en sus páginas. Cuando cumplió los diez años era el de más influencia y circulación. Y eso, también, significó su ruina.

Le quitan el diario

Juan Bautista Rossetti, asesor de Pablo Ramírez, ministro de Hacienda del hombre fuerte, el coronel Carlos Ibáñez, aconsejó comprar el diario. Y con el director incluido. La dictadura adquiriría una imagen agradable.

Yáñez respondió que el diario no estaba en venta. Entonces, se le amenazó con deportarlo a la Isla de Más Afuera. Era una incautación. Yáñez respondió con una frase que mantiene vigencia: "Cuando un gobernante necesita disponer de un diario para que lo ensalce, tiene un pobre concepto de la libertad de expresión".

Yáñez fue obligado a aceptar una suma irrisoria: cuatro millones de pesos (unos 600 millones de hoy). Yáñez gritó que éste era un robo, un despojo y amenazó con una demanda civil

de nulidad del contrato por vicios del consentimiento. La respuesta fue el exilio.

Desde Francia y Alemania siguió la batalla. Logró pequeños triunfos morales: diarios europeos y norteamericanos aplaudían su causa. En 1929, Paul Y. Anderson, del *St. Louis Post-Dispatch*, al recibir el Premio Pulitzer, dijo que se lo dedicaba a Eliodoro Yáñez, "por su arduo combate para recuperar su diario que le fue arrebatado".

La pérdida de *La Nación* derribó a Yáñez. Envejeció, surgieron los achaques. Lo que más le afectó fue lo que llamó "la traición" de su más cercano colaborador: Carlos Dávila, su director, fue enviado como embajador a Washington y exigió que de los cuatro millones de pesos que le darían a Yáñez le entregasen 300 mil a él por haber sido parte importante del éxito.

Joaquín Edwards Bello cuenta lo que fue el diario en poder de la dictadura: "*La Nación* tuvo una sección 'desahucios y jubilaciones'. Porque ya era Ministerio. Fue el periodismo transformado en petróleo, o cosa parecida: un chorro de oro, llegaban nuevos directores, nuevos redactores palatinos, los que se iban regresaban con sueldos triplicados, sin devolver los desahucios".

Un fusilamiento

La vieja casona fue reemplazada por un nuevo edificio de diez pisos frente a La Moneda.

El destino tiene crueles paradojas: su arquitecto, Roberto Barceló Lira, se casó con la hija de la redactora Iris. Una noche, cuando éste iba a salir de su casa en la avenida Holanda, al cargar la pistola se le escapó un

tiro que dio muerte a su esposa. Eso es lo que él sostuvo. Para su suegra, él la asesinó friamente, y juró, por la memoria de su hija, que no descansaría hasta que fuese castigado. Y Barceló fue fusilado. Iris (Inés Echeverría de Larraín) llegó hasta el León, que era Presidente en 1933, para suplicarle que no le otorgase el indulto. A los hijos se les cambió el apellido paterno.

Cuando cayó Ibáñez, nadie se preguntó qué sería de *La Nación*. Todos pensaron que le sería devuelta al envejecido don Eliodoro. Pero no fue así. El diario fue cerrado, y Yáñez empezó a ser tramitado. Y se designó una comisión liquidadora en la que estaban representados *El Diario Ilustrado* y *El Mercurio*, a quienes no les convenía que *La Nación* fuera devuelta.

Administrador del diario en liquidación fue designado Luis Alamos Barros, quien desanimó a Yáñez diciéndole que él, como abogado, debía saber que un contrato de venta no podía anularse después de cuatro años aduciendo razones políticas.

Yáñez llegó hasta el Presidente Juan Esteban Montero. Edwards Bello describe la entrevista: "Montero, hombre frío, de estirpe sosegada, contrario a las tareas políticas, aunque afiliado al Partido Radical, se había entregado a la marea conservadora triunfante. Para él, un asunto tan complicado como el que suscitaba Yáñez, era subalterno, ausente de interés nacional. Además Yáñez ya estaba desarmado y era incapaz de azotarles en editoriales".

Yáñez, con voz quebrada y con la última indignación de su vida, se despidió de Montero diciéndole:

—Los elementos cesantes del diario lo derribarán a usted de la Presidencia.

Fue cierto. Porque Carlos Dávila había hecho surgir *La Nación*, aunque con otro nombre y formato, en la revista *Hoy*. Y vino la República Socialista. Dávila llegó a La Moneda y reabrió *La Nación*, pero no se la devolvió a Yáñez. Este lancezo le causó la muerte.

Los descendientes de don Eliodoro dieron muchas batallas para que les devolviesen *La Nación*. Nunca lo consiguieron.

Y cada gobierno prosiguió con el diario, como su vocero. En este régimen militar, pensando que podría ocultarse quien era el propietario, se le cambió de nombre: *La Patria*, *El Cronista*. Hace pocos días, aprovechando un nuevo aniversario, el director se despidió del personal. Y éste también se hace ahora la pregunta: "¿Y qué va a pasar con *La Nación*?"

Vibrando en el aire permanece la frase de don Eliodoro: "Cuando un gobernante necesita disponer de un diario para que lo ensalce...".

Veranee con nosotros

En cualquier lugar que se encuentre, veranee con Radio Nuevo Mundo. Su amplia red de radioemisoras de Arica a Punta Arenas lo acompaña con noticias, servicios y la música de este Verano.

